

mortifiquemos nuestra carne, y la reduzcamos á servidumbre con la oración, el ayuno y la disciplina. Para esto es necesario proponernos por modelo la vida de Jesucristo, y que su adorable nombre resuene siempre en nuestro corazón y en nuestros labios; porque como nos enseña S. Pablo, no se nos ha dado otro nombre que el de JESUS para ser salvos. Felices de nosotros si este sagrado nombre viene á ser nuestra fuerza y nuestra dulce esperanza en la hora de la muerte. Honradle pues como fieles cristianos en esta vida, para gozarle en la eterna.

Amen. DIXE

que los hijos de los hombres se levanten de entre las naciones y salvan al mundo. Este es el misterio de la salvación de la vida que el Padre nos ha dado. Este es el misterio de la salvación de la vida que el Padre nos ha dado. Este es el misterio de la salvación de la vida que el Padre nos ha dado.

SERMON IV.

Para el día de Reyes.

Et procedentes adoraverunt eum. Matthæi II.

SEÑORES:

El misterio de este día es el de la manifestacion de Jesucristo al mundo, para exigir el debido homenaje de todas sus criaturas; y en estos príncipes del oriente conducidos por una estrella milagrosa hasta el portal de Belén, es fácil ver las primicias del gentilismo, sus primeros adoradores, y un raro exemplo de fidelidad á las inspiraciones del cielo, que

los llamó para que conociesen y adorasen á su Criador. Ellos en efecto apenas ven en su oriente la estrella que les anuncia el nacimiento de este nuevo Rey, emprehenden su viage, y sin atender á lo riguroso de la estacion, á las incomodidades del camino, al abandono de su casa y familia, y al menoscabo de sus intereses personales, cargados de dones de lo mas precioso que su tierra producía, marchan á grandes jornadas ácia Jerusalén, preguntando por el recién nacido Rey de los judíos. Hallado por el indicio de la estrella, le ofrecen oro, incienso y mirra, y le adoran postrados.

Este acto religioso que ofrece hoy la Iglesia á los ojos de nuestra fe, no debe mirarse como un hecho puramente histórico, que ilustre los anales de nuestra religion, sino como un modelo de imitacion, y un poderoso estímulo que nos conduce como por la mano al cumplimiento de nuestro

primer deber, que consiste en adorar á Dios en espíritu y verdad. Esta será la materia de un breve discurso, que consagro al honor del Señor y al bien de vuestras almas. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *AVE MARIA.*

Et procedentes adoraverunt &c.

El principal acto de la religion consiste en la adoracion. Este es un homenaje que Dios exige de justicia de toda criatura racional é inteligente, y es una consecuencia necesaria del conocimiento del Supremo Sér. Conocimiento que no nos es libre; porque Vos ¡ó mi Dios! habeis grabado con caracteres indelibles admirables rasgos de vuestra Divinidad en nuestras almas; y habeis querido que el secreto convencimiento de vuestra exis.

tencia, que nace con nosotros, y no falta sino con nosotros, fuese como una religion en bosquejo, que figura-se nuestros principales deberes.

La primera obligacion que este conocimiento de Dios nos impone, es que le adoremos. En esta adoracion consistia casi toda la religion de los antiguos Patriarcas. En esta primera edad del mundo aquellos santos hombres, que caminaban delante de Dios en la inocencia de su corazon, teniendo por regla de su conciencia la rectitud, el candor y la luz de la razon, iluminada por la fe, daban al Señor el culto de adoracion, ofreciéndole por primicias los frutos de la tierra en testimonio de su obediencia y sumision.

Este culto se purificó, para decirlo así, en la ley escrita por medio de sacrificios y ceremonias alegóricas, para hacer mas sensible la aniquilacion interior que debe manifestar el hombre en presencia de la Magestad

Suprema á quien adora: porque no es creible, dice el Crisóstomo, que se complaciese Dios en solo el aparato exterior de los sacrificios de la antigua ley, y que su Sér infinitamente puro y espiritual se contentase con ver correr sobre los altares la sangre de los animales que le eran inmolados. Quería ademas, que los pueblos postrados en su presencia uniesen el sacrificio espiritual de sí mismos á este sacrificio exterior, aniquilándose delante del Señor, á cuya Soberanía vivian mas sujetos que las víctimas al cuchillo de los sacrificadores.

Mas el culto de adoracion que damos á Dios ha recibido en la ley de gracia su último grado de perfeccion y de pureza. No quiere decir esto, que antes de la venida de Cristo no hubiese verdaderos israelitas ó adoradores. Abraham, Isaac, Jacob, David, Estér, Susana, Judith, para omitir otros muchos, cumplieron sin duda esta primera obligacion de la

religion en toda su excelencia, adorando á Dios en espíritu y verdad. Pero es menester confesar, que el culto que los judíos daban al Señor, por religioso y venerable que fuese, encerraba algo de grosero y carnal. Estaba reservado á los cristianos ser adoradores perfectos. Así lo manifestó el Salvador en su coloquio con la Samaritana.

En efecto, los habitantes de Samaria, que profesaban un judaísmo corrompido, sostenían que era necesario adorar á Dios sobre la montaña. Los judíos al contrario defendían, que no podía ser adorado sino en el templo de Jerusalén. Mas Jesucristo dixo á esta muger: hé aquí el tiempo en que no habrá lugar determinado para dar á Dios el homenaje de adoracion. Ya no será ni en Jerusalén, ni en Samaria, ni precisamente en el templo, ni sobre la montaña, sino en toda la extension del universo, donde los templos erigidos

al verdadero Dios serán santificados por el sacrificio del Cordero sin mancha, y por el concurso de todos los adoradores en espíritu y verdad, que son los que el Padre ama.

Pero lo que realza infinitamente la adoracion de los cristianos sobre la de los judíos es la union que tiene con la del mismo Jesucristo. Ellos en efecto son miembros de una cabeza, que es la que únicamente puede adorar á Dios de un modo correspondiente á su excelencia. Á este fin encarnó el Verbo Divino, que no pudiendo humillarse en su naturaleza, tomó la nuestra para poder anonadarse y ofrecer á Dios un sacrificio que correspondiese perfectamente á su Divinidad. Dió al Padre celestial esta profunda adoracion, y consumó sobre la cruz este gran sacrificio.

Mas despues del establecimiento de la Iglesia, el espíritu y corazón de todos los fieles se unen al espíritu de esta grande víctima, inmolada so-

bre nuestros altares, y dan al Padre Eterno la adoracion que le es debida, por medio de la que recibe de su Hijo á quien están unidos. Es pues principalmente en el sacrificio de la misa cuando los cristianos deben aplicarse á formar actos de perfecta adoracion; porque esta no es otra cosa que un anonadamiento interior delante de la Divina Magestad. De aqui procede, que el que adora se humilla profundamente, y se postra sobre la tierra, como para entrar en el polvo y en la nada, de donde salió. Por este medio protesta, que Dios es verdaderamente *el que es*, y que todos los seres, por perfectos que sean, son nada en comparacion de aquel Sér independiente y soberano, que es su origen.

Para llenar pues la obligacion de cristianos durante el santo sacrificio, no basta adorar á Jesucristo presente realmente sobre nuestros altares. Es menester adorar con el mis-

mo Jesucristo á toda la Beatísima Trinidad, que será glorificada hasta la consumacion de los siglos por la ofrenda de este gran sacrificio. Es menester, digo, que todos los fieles congregados en el templo entren en este espíritu de muerte y de inmolacion mística, anonadándose todos con su Cabeza ó Gefe, con humillacion profunda, para contribuir de algun modo á esta perfecta adoracion que da á Dios el Pontífice Eterno, por el misterio de los sacerdotes que le inmolan.

Hé aqui, señores, una breve idea de la adoracion en espíritu y verdad; y ésta es la disposicion en que debemos considerar á los magos de nuestro Evangelio postrados á los pies de Jesucristo. Los padres son de sentir, que les fueron en ésta ocasion revelados los principales misterios de la religion, y que la estrella milagrosa que los conduxo hasta el portal de Belén, iba acompañada de una luz

viva é interior , que penetrando sus espíritus , les descubria no solo al nuevo Rey que buscaban , sino las verdades mas sublimes de la fe. Á esto alude el nombre de *Epifanía* ó manifestacion que da la Iglesia á esta solemnidad , para darnos á entender , que los secretos de que era depositario el pueblo de los judíos empezaban ya á ser manifiestos á las naciones en la persona de estos príncipes milagrosamente ilustrados.

Ellos en efecto unen á los dones misteriosos que ofrecen á Jesucristo , los actos mas perfectos de la religion , cuyos símbolos eran estos presentes. Reconocen , digo , en el oro , el reinado soberano , que le hace dueño absoluto de todas las criaturas , porque son obra de sus manos. En el incienso ofrecen un brillante homenaje á su Divinidad , adorándole como á Dios verdadero , aunque humanado por nuestra salud. Al ofrecerle la mirra le confiesan mortal , para bor-

rar con su sangre el decreto de condenacion en que habiamos incurrido por la culpa. Reconocen , para decirlo de una vez , que el Verbo Divino , engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos , habia venido á cubrirse de las nubes oscuras de nuestra carne , haciendo brillar en las tinieblas de la noche las mas vivas luces de la gracia , cuyo principio era él mismo. La fe les hace ver en este Infante reclinado entre pajas la magestad de todo un Dios , toda su corte celestial en un establo , y deslumbrados con las brillantes luces que le rodean , se postran sobre la tierra para adorar á este Dios revestido de nuestra carne: *Et proci-*
 dentes adoraverunt eum.

Este es , señores , el modelo de imitacion que la Iglesia nos propone este dia. Estos reyes idólatras , convertidos por la gracia de Jesucristo , reconocen que en su presencia toda la grandeza es nada. Por consi-

guiente le sacrifican su poder, sus riquezas, su exáltacion, y todos los títulos de su reinado en los dones que le ofrecen en señal del supremo dominio. ¡ Cristiano ingrato ! ¿ porqué no dices tú en el fondo de tu corazón: yo conozco ; Dios mio ! que soy un vil gusano de la tierra, sacado de la corrupcion, y mas manchado en el alma por el pecado, que en el cuerpo concebido en la iniquidad ? Vuestras manos, Señor, me formaron, y animaron el barro de que fui formado, con una alma capaz de glorificaros y adoraros. Aunque todas las criaturas nada puedan añadir á vuestra gloria esencial, quereis no obstante que los hombres os presenten lo que les habeis dado para coronar con otros sus primeros dones. Vos nos habeis dado los bienes de la naturaleza para disponernos á recibir los de la gracia, cuyo santo uso nos hace dignos de los de la gloria. Recibid, Señor, el debido homenaje de mi espíritu, de mi

voluntad y de todas las potencias de mi alma. Haced que por medio de la adoracion imperfecta que os doy sobre la tierra, merezca adoraros perfectamente en el cielo.

II. Mas la adoracion en espíritu debe, señores, ir acompañada de la adoracion en verdad. Para cumplir con estos dos deberes, es necesario que al hincar las rodillas delante de este Sér Supremo, estemos resueltos á nada hacer que desmienta estas muestras exteriores de veneracion que le tributamos. Hablando á este propósito el real Profeta, no dice que su cuerpo está postrado sobre la tierra, sino que su alma está adherida al pavimento: *adhæsit pavimento anima mea*; porque lo que el cuerpo debe hacer, es seguir la accion del alma en los deberes de la religion. Por manera, que si está poseido de orgullo al humillarse delante de Dios, no es un verdadero adorador en espíritu y verdad, sino un fantasma. Por esto

decía David: Señor, Vos conocéis el fondo de mi alma; todos mis deseos os son manifiestos; ni se os oculta el mas secreto gemido de mi corazon.

Para adorar pues á Dios en verdad es necesario purificar el corazon de la levadura del hombre viejo; porque seria ir á insultar al Señor sobre su trono llevar á los pies de los altares pensamientos profanos, deseos criminales, afectos delincuentes. Escrito está, señores, que los votos de los impios son abominables delante de Dios. Escrito está, que su oracion se convertirá en pecado, y que el culto aparente que dan al Señor no es mas que una ficcion é hipocresía. Este es el sentido de aquellas palabras de Jesucristo: no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reyno de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre: *Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine..... sed qui facit voluntatem Pa-*

tris mei, ipse intrabit in regnum caelorum.

Vos sabeis, ó mi Dios, cuán pocos son los que verdaderamente os adoran. Nada mas comun que innumerables concursos en vuestras sagradas solemnidades. Mas entretanto que os honran con los labios, el corazon de los mas está bien lejos de Vos, segun la expresion de Isaías. Entre esta multitud que apenas caben en los templos, ¿cuántos observadores de la ley se encuentran? ¡Ah! si la voz de algunos justos, mezclada con la de tantos delincuentes, no llegára al trono de Dios, acaso los pecados de los falsos adoradores arrojarían un grito, que en lugar de la misericordia del Señor atraerían su venganza.

En los magos pues y en Herodes vemos un exemplar de la verdadera y falsa adoracion. Aquellos verdaderos adoradores, despues de haber puesto su poder y su grandeza á los pies de Jesucristo, vuelven á su pa-

tria por una senda que los aleja de Herodes, y que los separa de todo comercio con los enemigos del Salvador. Obedecen con sumision la voz del ángel que les anuncia la voluntad de Dios. De príncipes idólatras se convierten bien presto en primeros predicadores de Jesucristo en sus remotas provincias. Su vida en lo sucesivo viene á ser una profunda meditacion de los misterios que les han sido revelados, y una renovacion continua del homenaje que habian ofrecido al Rey de la gloria.

Tales deben ser los adoradores en espíritu y verdad. Despues de haber reconocido á Jesucristo por la fe, deben honrarle por el cumplimiento de su ley. Despues de haberse convertido á Dios por la luz de su gracia, deben consultar á sus ministros sobre la senda que han de seguir para llegar á su verdadera patria; y en vez de pasar (como lo executan muchos pseudo cristianos) del portal

de Belén á la casa de Herodes; es decir, de la humildad de Jesucristo á las vanidades y pompas del demonio, deben caminar por sendas diferentes de las que han seguido, para acreditar con las obras una verdadera adoracion.

La que Herodes finge querer dar á Jesucristo está por el contrario llena de dolor y de artificio. Hace inquisicion de este nuevo Rey; mas es para perderle. Cubre la mas negra perfidia con un falso homenaje. Es, para decirlo de una vez, un adorador de Jesucristo en apariencia y en promesa; pero en el fondo de su corazon un verdadero perseguidor. Hé aqui, dice S. Gregorio, la imagen de los falsos adoradores, que no merecen hallar á Dios, porque no le buscan con sinceridad de corazon; ni es otra cosa el culto que le tributan, que una refinada hipocresía. ¿Queréis conocerlos? dice el Salvador. ¿Queréis descubrir estos lobos devo-

radores, que se ocultan baxo la piel de ovejas? Por sus frutos los reconoceréis. Cotejad sus obras con su adoracion, las hojas con los frutos, lo que dicen con lo que hacen.

Yo en efecto, señores, veo á muchos que se postran á los pies de los altares, y reciben á Jesucristo en la sagrada mesa con todas las muestras de la piedad mas fervorosa. Mas juzgad ahora los frutos de una comunión tan santa en apariencia. Observaréis fácilmente, que un momento despues tratan con furor á sus domésticos, prueban la paciencia de sus consortes con estravagancias insoportables, siembran la discordia en su familia por injustas preferencias, sacrifican á estrecha clausura una hija sin vocacion, solo por satisfacer sus proyectos de orgullo y de ambicion. ¿No es esto llevar á Jesucristo en la boca, y baxo de los labios el veneno de los áspides? ¿Al Dios de amor y caridad en el seno, y el corazon lleno de hiel

y de amargura? ¿Quién duda que semejantes adoraciones, por mas religiosas que parezcan, son falsas y sacrílegas?

Ni es precisamente en los templos hechos por mano de los hombres donde Dios habita. El templo del Señor está dentro de nosotros. Es principalmente nuestro corazon donde Dios recibe el homenaje de adoracion en espíritu y verdad por medio de la pureza de una conciencia sin mancha, ó por la humillacion de una verdadera penitencia. ¡Fariseos soberbios! que vais con frecuencia al santuario, y que entre los ministros y el incienso ofreceis al Señor un homenaje mas lleno de fasto que de edificacion; ¿qué otra cosa sois en el fondo, que sepulcros enxalvegados, que cubren vuestra corrupcion y hediondez baxo estos exteriores pomposos? Las apariencias de vuestra regularidad no impedirán que os arroje Dios con menosprecio, al paso que tenderá los

brazos de su misericordia ácia este publicano, que humillado á la puerta del templo, no osa levantar sus ojos al cielo, contento con pedir al Señor el perdón de sus culpas.

Acordaos pues, señores, que adoramos á un Dios que penetra nuestros corazones. Nosotros podremos engañar á los hombres y aun á nosotros mismos por una sutil hipocresía, que apenas percibamos. ¿Mas cómo engañaremos al Señor, que ve en nuestro interior la mas ligera mancha de aquella levadura farisáica, que reprueba en su Evangelio, y que tanto encargó á sus Apóstoles se guardasen de ella? ¿Pensais por ventura que basta lavar el exterior del cáliz? El interior principalmente es el que debeis purificar, conforme al oráculo de Jesucristo. No repruebo el vestido modesto, la postura humillada, la edificación exterior, la vista mortificada, con que os presentais á veces á los pies de los altares. Mas es-

to solo son hojas. Exáminad, os ruego, si teneis frutos dignos de penitencia.

¡Mortales! estremeceos, temed no sea que no hallando Dios cosa sólida y real en este pomposo aparato de religion, os cubra de una maldicion que os haga secar hasta en la raíz, como á la higuera infructuosa del Evangelio. El ojo del Señor, siempre abierto, lo ve todo; sus oídos todo lo oyen. No os engañeis pues; Dios no será burlado por vuestras exterioridades. Yo os he presentado el exemplar de la verdadera y de la falsa adoracion en la persona de Herodes y de los magos. Estos fueron adoradores de Jesucristo en espíritu y verdad. Ofrecen al Señor lo que son y lo que tienen mas apreciable. Vuelven á su patria por un camino que los aparta de Herodes y de los enemigos de Dios: obedecen con fidelidad á Jesucristo, siguen sus inspiraciones, pregonan su Divinidad, y meditan su ley santa.